

para vireyes, presidentes, embajadores, gobernadores y ministros, así tampoco no es posible que comprenda todas las cosas por sí mismo, sin que tenga necesidad de quien le alumbré y ayude en sus consejos.

Algunos llaman al consejo del príncipe, alma, razón é inteligencia de la república, para dar á entender que así como el cuerpo sin el alma pierde su sér, y el hombre sin la razón es como un bruto; así, quitado el consejo de la república, queda ella sin vida y sin sér. Y hasta el poeta Horacio dijo (1): *Vis consilii expers, mole ruit sua*; que el poder que no está apoyado con consejo, con su mismo peso cae.

Teopompo, rey de los lacedemonios, preguntado cómo el reino podría ser durable y perpétuo, respondió que con dos cosas: con tomar el Rey consejo con varones amigos y sabios, que libremente le digan la verdad, y hacer justicia á todos igualmente (2). Por esta razón el emperador Alejandro Severo nunca ordenaba cosa de momento sin el parecer de muchos jurisconsultos y varones sabios; y después de haberlos oído, corregía y retrataba lo que ántes había ordenado. Y diciéndole su madre que con esto enflaquecía su imperio y hacia que no fuese tan estimado, respondió: «Pero haréle más seguro y más durable» (3).

Por esta misma causa los emperadores Teodosio y Valentiniano escribieron al Senado estas palabras (4): «Bien entendemos que lo que se ordenare con vuestro consejo será acertado y redundará en felicidad de nuestro imperio y en vuestra gloria.» Y Polícrates escribe que es imposible que ningún príncipe gobierne bien si no tomare consejo de los sabios. Y Aristóteles, escribiendo á Alejandro Magno, dice que el tomar consejo es cosa divina, porque por este medio se halla lo que es mejor y más útil (5), y Platón llama al consejo cosa sagrada (6).

Demás destas razones, hay otra, fundada en el uso y costumbre de todas las naciones y repúblicas bien ordenadas y de todos los príncipes sabios y valerosos, los cuales entendieron que no podían cumplir con su obligación, ni conservar sus reinos y estados, sino por este camino. Y que, como dice una ley: «No hay duda sino que todas las cosas que se guían por buen consejo tienen buen suceso, firmeza y estabilidad.» Y que cuando falta el consejo, se pierden los reinos y estados, como dice Salustio por estas palabras: «Todos los reinos y ciudades y naciones en tanto florecieron, en cuanto en ellas los verdaderos y saludables consejos tuvieron fuerza; mas entrando la gracia, el temor, el deleite, y los otros vanos respetos, luego las riquezas comenzaron á faltar, y á perderse el imperio, y en lugar del mando, á suceder la servidumbre.»

Por esta misma causa los reyes, cuando se coro-

(1) Lib. III, *Carmin.*, od. IV. (2) Plat., in *Apopht. Lacon.*
(3) Lamp., in *Sever.* (4) L. *Humanum. De leg.* (5) In *Rehthor. ad Alex. in Epist. operi præfixa.* (6) Plat., in *Theog. sive de sapient., in princ.*

nan, suelen jurar de guardar las leyes, la justicia y la paz de la santa Iglesia; y añaden: «De la manera que, con el consejo de mis fieles súbditos, yo entendié que es mejor» (7). Y no solamente los otros príncipes hacen esto, pero el mismo sumo Pontífice, como lo dice el ilustrísimo cardenal Paleoto, en su doctísimo libro de las *Consultaciones del sacro Consistorio*. Y escribe que en el libro llamado *Diurno*, de la librería Vaticana, y en la *Recopilación de los Cánones*, del cardenal Deusdedit, se halla la forma antigua de la profesión de la fe de los sumos pontífices, en la cual hay estas palabras (8): «Si algunas cosas sucedieren contra la disciplina canónica, yo procuraré corregirlas, con el consejo y dirección de mis hijos, los cardenales de la santa Iglesia romana.» Y así lo hace en las cosas de momento y graves. Pues si el sumo Pontífice, que es vicario de Dios en la tierra, y el padre y maestro de todos los príncipes cristianos, promete de tomar consejo con los cardenales, ¿por qué no tomarán consejo los otros príncipes, que no tienen tanta seguridad de ser favorecidos y alumbrados del Señor? Que Cristo particularmente rogó por Pedro y le prometió su asistencia, la cual no ha prometido á otro príncipe (9).

Ayuda asimismo el tomar consejo para la reputación y buen crédito del mismo príncipe y para dar autoridad y peso á sus leyes y mandatos; porque cuando van consultados y regulados con el consejo y parecer de hombres sabios y amigos del bien de la república, parece que toda ella, no sólo se sujeta á la voluntad del príncipe, sino que se rinde á su juicio y le tiene por más acertado, por haber sido muy mirado y consultado con los que tienen buen parecer. Y no pierde punto de su soberanía y grandeza por oír el parecer de otros; porque no consulta el príncipe las cosas con su consejo, como quien está obligado á seguirle y hacer lo que le dicen, ni su suprema potestad está atada á esto, sino para que, examinándose las cosas entre muchos, pueda él tomar más acertada resolución, en lo cual no debe tanto seguir la mayor parte, cuanto la más sana y mejor, puesto caso que cuando todo el consejo fuese conforme y de un mismo parecer, ha de mirar mucho el príncipe lo que hace, para no desviarse dél y echar por contrario camino, no porque no esté en su mano hacerlo, sino porque con razón debe temer que no sea acertado lo que á tantos sabios, como se presupone que son los de su consejo, parece desacertado, y es muy loada aquella voz imperial, digna de tan grande príncipe, que dijo (10) que aunque no estaba sujeto á la ley, quería vivir según la ley.

Bien puede ser que algún príncipe sea tan sabio y de tan larga experiencia, que en pocas cosas tenga necesidad de consejo; pero esto regularmente pocas veces acontecerá; y son tantas y tan varias, y tan perplejas y de tanto momento las que á un

(7) In *lib. Pont.*, ubi ponitur *juramentum.* (8) Part. I, q. 3, art. 6. (9) *Luc.*, xxii. (10) L. *Digna vox*, C. *De legibus.*

gran príncipe se ofrecen en paz y en guerra, y tantas las circunstancias que en cada una dellas se deben considerar, porque una sola que falte, las trueca y altera, que parece casi imposible que no tenga necesidad en muchas dellas de quien le ayude á descubrir tierra, para comprender mejor la verdad; porque el entendimiento del hombre es muy limitado, y más ven muchos ojos que uno, y Dios, nuestro Señor, permite que el que se fia de sí caiga, como dijimos, y que esté en pié el que toma los medios que Él le da para no caer. Que por esto dijo el Espíritu Santo (1): «Los pensamientos se derraman donde no hay consejo, y se confirman donde hay muchos consejeros.» Y en otro lugar (2): «Adonde hay mucho consejo hay salud.»

Ménos inconveniente sería que el príncipe no supiese tanto, si por saberlo fuese enemigo de tomar consejo, que ménos sabio, si por serlo tuviese buenos consejeros, y se supiese aprovechar de la gran prudencia dellos, y con ella supiese su falta. Que áun por esto se lee (3) que algunos grandes reyes, aunque con mal aviso, no quisieron que los príncipes sus herederos supiesen letras, porque, juntándose la ciencia con la suma potestad, no viniessen á confiar mucho de sí y á menospreciar á los otros, y no tomar consejo de nadie, y gobernarlo todo por su antojo y voluntad. A lo ménos Ludovico XI, rey de Francia, daba esta razón, y dicen que fué la causa el haberse él gobernado por sí, y tenido muchos trabajos por ello. Ésta es la necesidad que tienen los grandes príncipes de consejo; veamos ahora cuáles deben ser los consejeros de los príncipes, y lo que ellos deben hacer para acertar.

CAPÍTULO XXV.

Las partes que deben tener los consejeros de los príncipes.

Aristóteles enseña (4) que tres cosas son necesarias para que un hombre se fie de otro y crea lo que le dice, sacadas de la persona que da el consejo, y á quien se da, y de las mismas cosas sobre que se da el consejo. Éstas son, la prudencia, la amistad ó benevolencia y la virtud; la prudencia, para que entienda bien lo que dice, y no se engañe; la amistad, porque fácilmente nos inclinamos á creer á los que nos aman y nos desean y procuran bien; y la virtud, finalmente, sobre todas las cosas tiene más fuerza para persuadir lo que quiere; porque no hay ninguno que crea que miente y que le quiera engañar el que tiene por verdadero y virtuoso; y así, aunque el príncipe en escoger las personas para su consejo debe tener atención á las partes que dice Aristóteles, y más abajo se dirán; pero á ninguna más que á la virtud, porque, por sí sola merece ser estimada, y ninguna otra sin ella lo merece; y está seguro el príncipe que donde hay verdadera y sólida virtud, no podrá haber voluntad de enga-

ñarle; y porque los hombres fundados en la virtud están fundados en Dios y se contentan con poco, y huyen el resplandor engañoso de la corte, debe el príncipe buscarlos con gran cuidado, y atraerlos á su servicio con palabras dulces, promesas y beneficios liberales, y ruegos, si fuere menester. Y no piense que pierde, sino que gana autoridad en rogar al hombre virtuoso y prudente que le sirva; porque es señal que estima y honra la virtud, y que conoce el provecho que della le puede venir, que suele ser tanto, que á las veces lo que no pueden hacer los tesoros y ejércitos y todo el poder del príncipe, acaba, allana y remedia un sabio y virtuoso consejero.

Esta virtud debe ser el fundamento de todo buen consejo; porque, como dice san Ambrosio (5): «¿Quién busca la fuente en el lodo, ó bebe del agua turbia y cenagosa, ó puede juzgar que sea bueno para los otros lo que no es bueno para sí, ó que es más aventajado en el consejo el que no lo es en la vida?» Y por esto, como una vez, en cierta junta de los espartanos, un hombre de no buena fama, por nombre Demóstenes, dijese una buena sentencia y acertado parecer, levantóse el que presidía, y mandó á otro hombre virtuoso de los que allí estaban que diese aquel mismo parecer, y él lo hizo, y todos los otros le siguieron, mostrando en esto el caso que hacían de la virtud, y que no podía conservarse la república que tuviese por consejeros hombres de mala vida (6).

Aristóteles, en otra parte, y Platón enseñan (7) que para la perfección y cumplimiento de todas las acciones del hombre son menester tres cosas: saber, querer y poder, ó como dijo Baldo (8), ciencia, voluntad y potencia; pero mejor que nadie, san Gregorio Nacianceno declara las partes que ha de tener el buen consejero, y son tres: grande experiencia, mucha caridad y libertad en el decir: *Nam terna, dice este santo, cum sint, ut vetus sensit cohors, pollere debet optimus monitor quibus rerum usus ingens, charitas, os liberum, in me requires prorsus ex tribus nihil.* La experiencia de las cosas es muy necesaria en el que ha de dar consejo; porque, así como no habla bien de las cosas de la guerra el que nunca se vió en ella, ni de las cosas de la mar el que siempre vivió en tierra, ni de la mercadería el que no es mercader, ni de la labranza el que no es labrador, ni de las otras ciencias ó artes el que no tiene noticia dellas (9); así ninguno puede tener buen parecer en lo que no sabe, ni dar buen consejo en lo que no tiene experiencia.

Por esto dijo Cicerón (10) que la primera y más principal cosa que debe tener el que ha de dar buen consejo en la república, es tener bien entendida y comprendida la república; porque, así como si uno hiciese profesión de gramático y no supiese las re-

(5) Lib. II, *Offic.*, cap. VIII et XII. (6) Aul. Gellio, lib. XVII, cap. III; Plut., lib. *Præcep. Reip.* (7) Lib. V, *Polit.*, cap. IX; Plat., in *Gorgia.* (8) In *lib. Multum*, C. *Si quis alter vel sibi, in carm.*
(9) Card. Paleot., *De sacri Consist. consul.*, in *conclusionem memb.*
(10) Lib. II, *De Orat.*

(1) *Prov.*, xv. (2) *Prov.*, xi. (3) Cardin. Paleotus., *De Sacri Consistor. consul.*, p. I, q. 2. et Bodino, lib. III, cap. I.

(4) Lib. III, *Red. ad Theodectem*, cap. I.

glas de gramática, ó hiciese del médico y no hubiese estudiado medicina, todos se reirían dél (1); así el que ha de ser consejero, si no tiene entera noticia de las cosas que se tratan en los consejos de los príncipes, y larga experiencia del gobierno y conservación de los estados, necesariamente ha de ir á ciegas y no podrá dar luz á los demas.

La primera cosa, pues, que debe tener el buen consejero de cualquier príncipe es la noticia y experiencia de las cosas de estado, de la paz, de la guerra, de la hacienda y rentas reales, de la provisión de la república, de las leyes y otras cosas semejantes; y tanto debe ser más experimentado, cuanto mayor es el príncipe y más graves son las cosas que en su consejo se suelen tratar; porque no basta que uno sea prudente y experimentado en una cosa para que lo sea en todas, ni que tenga buen parecer en las cosas de la paz, para que hable acertadamente en las de la guerra. Y por eso conviene que los príncipes tomen por consejeros á hombres tan sabios y tan universales, que puedan dar acertado consejo en todos los negocios que se ofrecen, ó si no los hallaren tales, que tengan varios consejeros para diferentes negocios: soldados para las cosas de guerra, letrados para las de justicia, teólogos para las de conciencia, hombres de cuenta para las de hacienda, y de estado para las de estado; porque cada uno es sabio en su arte, como dice el Espíritu Santo (2); y que en escogerlos se tenga cuenta con proveer el oficio, y no la persona, y que ellos mismos, en lo que no saben, y aún en algunas cosas de las que saben, secretamente se informen de algunas personas pláticas y expertas en aquella materia que se trata; porque no hay hombre tan sabio, que, oyendo á otro, no pueda hacerse más sabio. Pues dice el Espíritu Santo (3): *Da occasionem sapienti, et sapientior erit*; que el sabio, con la ocasion de oír á otro, se hace más sabio. Y en otro lugar (4): *Audiens sapiens sapientior erit*.

La segunda cosa que pone san Gregorio Nacianceno en el buen consejero es la amistad ó benevolencia ó caridad, que es una voluntad y deseo de ayudar en todo lo que pudiere, y hacer bien á aquel á quien se da consejo, sin respeto al propio interese. Y por esto dijo san Gregorio, papa (5): «Ninguno te podrá dar consejo más fielmente que el que te ama á tí más que á tus dones.» Y como el principal fin de los consejos de los príncipes debe ser el bien y conservación de sus estados, en esta caridad ó benevolencia se comprende una intencion pura y un efeto grande y ánimo determinado de aconsejar todo lo que entendiere que será provechoso para la república, y de apartar todo lo que le pudiere acarrear daño, sin que la gracia del príncipe, ni la esperanza de su propio provecho ó temor de su daño sea parte para torcer esta voluntad y trocar las palabras del cristiano y cuer-

do consejero, sino que nivele todos sus consejos con la ley de Dios, y mirándole á Él, y abrazando con este amor sincero y leal á su príncipe y á toda la república, represente en sus razones un pecho cristiano, sabio y celoso, y propio de ministro de Dios.

Destas dos cosas que habemos dicho, hace mención la ley de la Partida (6), diciendo que los consejeros del príncipe deben ser amigos y bien entendidos y de buen seso; y se sacan de las palabras de Cristo, nuestro Señor, que dice (7) que el padre de familias hace su mayordomo y gobernador de su casa al siervo fiel y prudente. Aunque, como escribe san Bernardo (8), hay muy poquitos, y apenas se halla uno que, si es prudente, no le falte la benevolencia, y si es fiel y de veras amigo, tenga juntamente la prudencia.

CAPÍTULO XXVI.

De la tercera cosa que deben tener los consejeros de los príncipes.

La tercera cosa, y no ménos importante, que se requiere en el buen consejero, segun san Gregorio Nacianceno, es libertad en decir su parecer; y digo que es importante esta libertad, porque, así como no aprovecha que la mujer haya concebido la criatura y guardádola en sus entrañas si al tiempo del parto no tiene fuerzas para parirla, de la misma manera es de poco fruto que el buen consejero sea hombre prudente y celoso, y que haya pensado muy bien lo que conviene hacer en lo que se le propone, si al tiempo del parir no tiene libertad y fuerzas para decir y proponer lo que ha concebido y pensado; y es como el soldado que está armado de todo punto, y al tiempo de pelear no puede desenvainar la espada y herir al enemigo.

Y como Aristóteles dijo (9) que una cosa es ser buen hombre, y otra ser buen ciudadano, así otra cosa es ser hombre prudente ó virtuoso, y otra ser buen consejero; porque sin esta libertad de que hablamos, no lo será, aunque sea hombre virtuoso y prudente. También dije que es muy importante esta libertad en el buen consejero, porque es rara y se halla en pocos, siendo tan necesaria, como es, para cumplir el buen consejero con su oficio.

Dos alguaciles ó verdugos tiene el hombre dentro de sí: el amor y el temor; el amor le atormenta con el deseo de alcanzar lo que ama, y el temor con el miedo de perderlo; y estos dos verdugos se ponen delante del consejero para que no hable con libertad y diga lo que siente, porque unas veces por agradar al príncipe y ganarle la voluntad, otras por no ofenderle á él ó á sus privados, ó calla lo que debria decir, ó lo dice friamente y con palabras perplejas y dudosas, ó, lo que es peor, dice lo contrario de lo que siente por dar gusto á su señor; la cual es grave culpa y contra Dios, y contra la república y contra su mismo príncipe; y tal podría ser la materia y gravedad desta culpa, que estuvie-

(1) Cicero, *Tusc.*, lib. II. (2) *Eccles.*, xxxviii. (3) *Prov.*, viii. (4) *Prov.*, i. (5) *Lib. I.*, epist. xxxiii.

(6) *Part. II.*, tit. ix, lib. v. (7) *Matth.*, xxii. (8) *Epist.* xlii. (9) *III.*, *Polit.*, cap. iii.

CAPÍTULO XXVII.

Lo que deben hacer para acertar los consejeros de los príncipes.

Siendo, pues, los consejeros de los príncipes los que deben ser, y dotados de la prudencia, virtud y libertad que pide san Gregorio Nacianceno, poca necesidad hay de decirles lo que deben hacer para cumplir con su oficio y acertar en sus consejos, porque su misma prudencia les hará conocer la importancia y dificultad de los negocios que se tratan, y el secreto que en ellos se debe guardar, y con qué personas y con qué medida se debe guardar, y lo que conviene pensarlos, conferirlos y madurarlos, y la virtud y caridad los moverá á pedir luz al Señor (sin el cual no hay acertado consejo), y á posponer cualquiera otro interese al bien público y á la fidelidad que deben á su príncipe.

Esta misma caridad hará que no regulen sus votos con la amistad ó enemistad y competencia que por ventura tienen con los otros consejeros, sino con lo que puramente sienten delante de Dios, porque sería mal caso, y digno de grave reprehension, si un consejero contradijese á lo bueno que otro dice, porque es su enemigo, ó aprobase lo malo por ser su amigo el que lo dice. Y no ménos enseña esta caridad y virtud á no ser el hombre porfiado y terco y tan arrimado á su parecer, que no quiera ceder en nada, ó tan honrado, que aunque conozca que es mejor lo que otros despues dél dicen, no quiera seguirlos por no volver atras de lo que dijo una vez; porque la honra del varon sabio y prudente consejero es amar y abrazar la verdad, y anteponer el bien de su príncipe y de la república á cualquiera otro vano respeto; y como gravemente dijo Ciceron (7), no es inconstancia, sino prudencia, mudar parecer cuando se muda en mejor. Que aún por eso es bien que haya muchos consejeros en el consejo de los príncipes, para que, oídos muchos pareceres, se escoja y siga lo mejor. Y Séneca dijo (8) que es señal de gran soberbia nunca arrepentirse el hombre de lo que hace, ni emendar lo que una vez hizo, ni mudar parecer y consejo. Y esto mismo nos enseñan san Agustín en los libros de sus *Retractaciones*, y san Basilio y san Cipriano (9).

La libertad, finalmente, hará que el buen consejero no se empache ni se turbe, ni deje de decir lo que siente por vanos temores ni respetos; antes que, teniendo á Dios delante y la obligacion de su oficio, enderece con verdad, llaneza y libre modestia todas sus palabras y consejos al bien de la república y de su príncipe, que es el blanco al cual todos los consejos deben mirar.

CAPÍTULO XXVIII.

Que cualquiera consejo es vano sin Dios, y la privanza de los príncipes frágil.

Pero sepan el príncipe y los de su consejo que si Dios no interviene y asiste en sus consejos, por mu-

do el consejero obligado á los daños que se hubiesen seguido por no haber dicho sincera y libremente su parecer (1).

Por esto divinamente dijo el Espíritu Santo, hablando del consejero con el príncipe (2): «Guarda tu alma del consejero, y ántes que admitas su consejo, procura saber su necesidad y si está interesado en lo que te aconseja; porque de aquí podrás sacar si le ciega y trueca sus palabras la codicia ó alguna fuerte pasión.» Por esto dijo san Ambrosio (3), escribiendo á Teodosio, emperador, hablando del obispo, que en las cosas sagradas y que tocan á la religion debe ser el consejero del príncipe: «El callar del sacerdote debe desagradar á vuestra majestad, y agradarle la libertad en hablar; porque con mi silencio caeis en peligro, y con mi libertad recibis provecho.»

Esta flaqueza suele acaecer á los consejeros por una de dos cosas: ó por al amor propio, que con la codicia de ganar más, ó de no perder lo ganado, combate y hace guerra al ánimo del consejero, como dijimos, ó por la mala y desabrida condicion del mismo príncipe que pide consejo, lo cual hace algunas veces más por ceremonia y cumplimiento, que no por saber y escoger lo mejor; porque ya está determinado de lo que ha de hacer, y siente mucho que le contradigan, y da muestras dello con su enojo y sentimiento; lo cual es muy perjudicial para los consejos, y grande ocasion para que los consejeros digan lo que gusta el príncipe, y no lo que le conviene, como dice Plutarco (4), tratando de la diferencia que hay entre el verdadero amigo y el lisonjero; el cual tambien escribe (5) que, preguntado Teopompo cómo podria el príncipe conservar su reino fiel y obediente, respondió: «Dando á sus amigos libertad de amonestarle, y no permitiéndole que se haga agravio á nadie»; como lo referimos arriba.

Para excusar este inconveniente tan dañoso, aconsejan algunos varones sabios y de Estado (6) que el príncipe proponga á su consejo lo que se ha de tratar con tales palabras y razones, que ninguno pueda entender á qué parte se inclina, para que con mayor llaneza y libertad cada uno diga su parecer y se apure y averigüe mejor la verdad. Y que si alguno, por ventura, dijere cosa contraria á su voluntad, no por eso se ofenda ni haga muestras dello; ántes le anime con paciencia y benignidad, como lo hacia el emperador Trajano, que es alabado, entre otras cosas, desto. Y del emperador Adriano, que sucedió á Trajano, escribe en su *Vida* Dion Casio, que en cualquier negocio holgaba ser avisado y amonestado de cualquiera persona, por baja que fuese. Y Antonino decia que era más justo que él siguiese el parecer de tantos amigos y fieles consejeros, que no que ellos siguiesen su voluntad.

(1) *II.*, n. q. 62, art. 7, et q. 71. art. 3. (2) *Eccles.*, xxxvii.

(3) *Lib. V.*, epist. xxix. (4) *Plut.*, *De discrim. adulat. et amic.*

(5) *Plut.*, in *Apoph.* (6) El Cardenal de Pavia, en una epístola al Conde de Mantua. Card. Paleolo, *De Sacri Consist. consult.*, q. 44.

(7) *Ad Alt.*, lib. xvi, cap. iv. (8) *Lib. IV De Benef.*, cap. xxxiv, xxxv et xxxvi. (9) *In Regul. brevi.*

cho que se desvelen en ellos, serán errados, y que al fin lloverá sobre los malos consejeros todo lo que aconsejaren contra Dios y contra el bien de la república, por sus particulares intereses. Y muchas veces serán castigados por manos del mismo príncipe, á quien, olvidados de Dios, pretendieron servir, y su mismo consejo será lazo para sus piés, y hoyo en que caigan, y cruz y horca en que mueran, como Amán (1), y cabellos con que, como Absalon, queden colgados en el aire, y de que eche mano la justicia divina para cortarles la cabeza, como Judit la de Holoférnes (2), y como saeta que da en la dura y fuerte peña, resurtirá contra el mismo que la tiráre. Que por esto dice el proverbio: *Malum consilium consultori pessimum*; que el mal consejo es malísimo para el que le da.

Y el Espíritu Santo dice (3) que el mal consejo cae sobre la cabeza del que le dió. Y por Job (4): «Dios es el que levanta los humildes y da la mano á los afligidos, el que deshace los pensamientos de los malos, para que no puedan sus manos tener lo que tomaron, y alcanza á los sabios en su necesidad, y derrama los consejos de los malvados.» Y dice que comprende á los sabios en su necesidad, porque, aunque parezcan sabios, verdaderamente son insipientes y necios los que se tienen por sabios sin Dios.

Y David dice (5) que el Señor reprueba los consejos de los príncipes. Y Salomon (6), que no hay sabiduría ni ciencia ni consejo contra el Señor. Y Esaiás (7): «Tomad consejo, que Dios le deshará.» Y en otro lugar: «¡Ay de vosotros! que teneis el corazón tan engañado, que pensais esconder á Dios vuestro consejo, haceis vuestras obras en tinieblas y decís: ¿quién nos ve y quién nos conoce? Engañoso y perverso es este vuestro pensamiento, como si el lodo se levantase contra el ollo que le tiene en las manos, y la obra dijese á su hacedor: No me hiciste, y el vaso de barro al que le compuso: No sabes ni entiendes.» Y en el capítulo siguiente: «¡Ay de vosotros! que dejais vuestra bandera y tomáis consejo sin mí, y urdis una tela sin mi espíritu. La fortaleza de Faraon, en quien confiáis, será para vuestra confusion.» Y por esto concluye el *Eclesiástico* (8): «Sobre la cabeza caerá el mal consejo al que le diere, y no sabrá de dónde le viene el mal» (9).

Este punto es muy importante para que los consejeros de los príncipes entiendan que no hay consejo contra Dios, y que el mal consejo ha de llover sobre el que le diere. ¿Qué aprovechó á los hermanos de Josef el haber vendido su inocente hermano á los ismaelitas, sino para hacerle su señor y gobernador de Egipto? (10). ¿En qué pararon todas las diligencias que usó Faraon para oprimir el pueblo de Dios, sino en mayor acrecentamiento y multiplicación de los que él quería acabar, y ruina suya

(1) Lib. vi, epist. ii; Ester., vi. (2) Judit, iii.
(3) *Ecles.*, xxvii. (4) Job, v. (5) *Psalm.* xxxii.
(6) *Prov.*, xxi. (7) *Isa.*, viii, xxix y xxx. (8) *Ecles.*, xxvii.
(9) *Vide Gregor. Moral.*, lib. ix, cap. xi et xii. (10) *Gen.*, xxxvii.

y de su reino? El odio con que Saul persiguió á David ¿sirvió de hacerle más esclarecido? Las maldades y calumnias de los príncipes de los caldeos contra Daniel, demostrar más la providencia del Señor en amparar los suyos y castigar á los malos (11); la persecucion de los tiranos, que pretendieron deshacer y aniquilar la Iglesia católica, de que ella creciese más, y tantos y tan lucidos ejércitos de fortísimos mártires fuesen coronados, porque no hay consejo contra el Señor, que no se deshaga por su mano.

No se fie nadie de su prudencia y de la cabida y privanza que tiene con su príncipe, ni del crédito y mano que le da; porque la rueda de la fortuna es muy voluble y presurosa, y no hay otra manera para tenerla, sino conocerla y no fiarse della, y hacer el hombre lo que debe delante de Dios. El corazón humano, y más el de los príncipes, es muy vário é inestable, delicado y vehementemente, muy presto se harta y cansa, y aborrece lo que amaba, y ama lo que aborrecía. Por maravilla se halla quien una vez que otra no se hunda en este golfo peligroso de la privanza y gracia de los príncipes, y tanto más fácilmente, cuanto el viento que sopla es más fresco y favorable, y la mar más se nos rie y nos engaña.

Salustio dice (12): *Plerumque regis voluntates ut vehementes, sic mobiles sepe ipsæ sibi adversa*; que las voluntades ó queres de los reyes, así como son vehementes, así tambien son mudables y muchas veces contrarios unos de otros, porque fácilmente quieren lo que no querian, y aborrecen lo que amaban. ¿Qué de ejemplos tenemos de esto en las historias sagradas y profanas? A un Amán, que siendo como padre del rey Asuero y la segunda persona de su reino, por su mandado murió en la horca que él tenía aparejada para Mardoqueo (13); á un Achitofel, que tomó la muerte por sus manos porque Absalon no tomó su consejo (14). ¿Qué diré de Parmenion, capitán tan valeroso y tan amado y respetado del gran Alejandro? (15). ¿Qué de Seyano, que en tiempo de Tiberio tuvo tan grande poder y majestad, que competía con el mismo emperador? (16). ¿Qué de Perenio y Cleandro, que fueron como dos ojos ó brazos del emperador Cómodo? (17). ¿Qué de Ablabio, llamado pelota de la fortuna, en el imperio del gran Constantino? ¿Qué de Rufino y Eutropio en el de Arcadio, y el de Estilicon en el de Honorio, su hermano, y de Flavio Antioquino en el de Teodosio el menor, su hijo? ¿No cayeron todos éstos de su privanza y grandeza, y los más murieron miserablemente por mandado de los mismos príncipes de quienes fueron tan favorecidos?

No quiero hablar de Pedro de las Viñas, secretario y gran privado del emperador Federico el Segundo, á quien su amo mandó sacar los ojos y en-

(11) *Exod.*, i et xiv; *I. Reg.*, xviii, xix et xxiii; *Dan.*, vi.
(12) *De bello Jugurth.* (13) *Ester.*, vii. (14) *II. Reg.*, xvii.
(15) *Plut.*, in *Alex.* (16) *Suet.*, in *Tiber.*, cap. lv; *Tacit.*, *Annal.*, lib. iv. (17) *Dion.*, lib. lxxviii.

tregar á sus enemigos, ni de Pedro Broca, que de un pobre cirujano vino á ser gobernador de Francia, reinando Felipe, hijo de san Luis, y por su mandado murió en una horca; ni de Luis de Lecemburg, conde de San Pablo y gran condestable del mismo reino de Francia, que tuvo tanta mano en él, y por órden del mismo rey Ludovico XI, que se la habia dado, le fué cortada la cabeza; ni de don Bernardo de Cabrera, á quien el rey don Pedro el Cuarto de Aragon hizo morir, habiéndole sacado casi por fuerza de su casa para su principal consejero y gobierno de su reino; ni de Juan Caraciolo, gran senescalco del reino de Nápoles, tan privado y favorito de la reina Juana la menor, que murió á sus manos (1). El ejemplo de don Álvaro de Luna basta por todos, si no está ya olvidado, y si lo está, los del cardenal Volseo y Tomas Cronuelo nos pueden enseñar esta verdad; pues en nuestros días, en tiempo de Enrique VIII, fueron como reyes de Inglaterra y murieron condenados, como lo escribimos en nuestra *Historia eclesiástica* del seisma de aquel reino (2).

Estos y otros ejemplos semejantes hallará el que leyere las historias antiguas y modernas con atención, y juntamente que la causa de los desastrosos fines de los privados que cayeron, comunmente fué el desvanecerse con la privanza y mando, y no haber tenido á Dios presente en sus consejos, sino quererlos medir con su propio interese más que con la ley del Señor, y atropellarla por dar gusto á su príncipe, y pensar que teniéndole benévolo, no tenían más que temer, y que sería durable y perpétua la gracia, que no era sino más quebradiza y frágil que el vidrio.

CAPÍTULO XXIX.

Cómo se debe guardar el príncipe de los lisonjeros.

Para otra cosa muy importante tiene necesidad el príncipe de la prudencia, que es para conocer el falso amigo y distinguirle del verdadero, para saber quién es lisonjero y quién es consejero fiel. Ésta es cosa de tanto momento, que no sé yo si hay otra de mayor en el príncipe para bien de su república. Para entender bien lo que en esto importa, se ha de presuponer primero que el hombre, por la corrupcion de la naturaleza, es muy amigo de sí mismo, y tiene dentro de sí, metido en las entrañas, un amor propio que le ciega y le lisonjea, y le hace creer que merece mucho, y que por su casta, ingenio, letras, prudencia y talentos, debe ser antepuesto á los demas, y le incita á estimarse á sí y menospreciar á los otros.

Este amor propio es el que los griegos llaman filantía, y dicen que es ciego, porque ciega á los hombres y hace que no se conozcan. Este amor pro-

pio en los reyes y príncipes comunmente es más poderoso, porque con el regalo y mando, y verse servidos y adorados de todos, crece la corrupcion de nuestra naturaleza, y así tienen los príncipes más necesidad de la divina gracia para conocerse y reprimirse é irse á la mano, que los otros que no lo son.

Tambien se ha de presuponer que unos hombres naturalmente son más inclinados á unos vicios que á otros (conforme á su complexion, condicion y estado); unos son más inclinados á la ambicion y apetito de honras, otros á las blanduras y deleites sensuales, otros al interese, otros á la ira y venganza, y cada uno tiene su particular alguacil y doméstico enemigo, que le hace la guerra.

Estas pasiones son más vivas y más vehementes en los príncipes, por la razon que dijimos de su grandeza y estado, y tanto más peligrosas que en los demas, cuanto ellos son más libres y absolutos señores, y pueden lo que quieren sin hallar resistencia en cuanto se les autoja; pues reinando en los príncipes las pasiones que reinan en los otros hombres (porque ellos tambien lo son), y siendo comunmente más poderosas en ellos que en los otros, por la razon que habemos dicho, si se acrecientan con las lisonjas, y la llama que arde en el pecho del príncipe toma mayores fuerzas con los soplos de los que la debrian apagar, ¿qué se puede esperar, sino que abraze al príncipe y consuma y vuelva en ceniza la república? Guárdanse los príncipes con gran cuidado de los enemigos de fuera, y para ello tienen guardas de alabarderos y soldados, y no se guardan de los amigos falsos y enemigos domésticos que tienen dentro de sus palacios, con tanto mayor peligro, cuanto son más blandos y más caseros, y halagando matan sin sentir.

Algunos que tienen entrada en los palacios reales, y son admitidos á la familiaridad y privanza de su príncipe, como ven que para todo lo que pretenden de honra é interese, lo que más les importa es ganarle la voluntad (que es la fuente de donde ha de manar todo su falso bien, y hartarse, si hartarse pudiese su loca ambicion y codicia), para conquistar esta voluntad del príncipe, procuran que él entienda que no tiene criados ni servidores que más le amen ni le sean más fieles; porque el amor naturalmente engendra amor, y no es hombre, sino tigre, el que no ama á quien le ama. Para esto, cuando están presentes, están colgados de su rostro y sus ojos moran en los ojos del príncipe. Cuando están ausentes, muestran que mueren de deseo de ver á su señor; no pueden oír palabra que no sea en alabanza suya; de día piensan y de noche sueñan en él, y como unos camaleones se visten de la color y afeto del príncipe, y como espejo representan la imágen que ven en él.

Si se rie, rien; si está triste, están tristes; si se enoja, salen de sí; si enfermo, no hay quien les vea la cara, y lo que suele ser señal de un amor encendido y vehemente, tienen celos y envidias entre sí y aunque fingen quererse bien, cada uno pretenda

(1) *Collin.*, *Hist. de Nápoles*, lib. v, cap. xxiii; *Lamprid.*, in *Commod. de Ablavio*; *Zosiel.*, lib. ii, et *Eunap.*, *De Vitis Philos.*; *Rufino Marcell.*, in *Chron.*; *Soc.*, lib. ix, cap. i, *De Eutrop.*, et lib. vi, cap. v, *de Stilicon*; *Soz.*, lib. v et ix, cap. iv, *De Antioch.*; *Suidas Bar.*, tomo v, año 451; *Mason.*, lib. iii; *Commineo Mason.*, lib. iv; *Zurita.*, lib. ix, cap. lviii. (2) *Lib.* i, cap. xxii y xxiii.

desprivar al otro y tener más parte y cabida con su príncipe, y amarle sin competidor (como lo hacen los que andan perdidos de amores); pero en lo que más se desvelan es en juntarse con aquel amor propio y ciego que tenemos todos los hombres, como dijimos, y es más furioso y vehemente en los príncipes, y ir con ellos al amor del agua y servir en todo á su buena ó mala inclinacion; porque, así como el agua de los rios toma la color de la tierra por donde pasa, y la sombra sigue su cuerpo, y las líneas no se mueven por sí, sino por el cuerpo cuyas líneas son, así el lisonjero se mueve con el príncipe, y como sombra sigue sus afetos y toma la color que ve en él.

Si el príncipe gusta de caza, ellos se hacen cazadores; si de música, músicos; si de amores torpes y livianos, ellos se los alaban y procuran; si es flojo y amigo de holgarse, dicen que aquello es ser rey, y que se descargue del trabajo con otros; si es cruel, que el príncipe debe ser temido; si quita las haciendas á sus vasallos, que todo es suyo; si quiere hacer alguna guerra injusta y peligrosa, que bien se ve que es hijo de sus padres y digno de tales y tan gloriosos príncipes sus progenitores, y con sus palabras y consejos más blandos que el olio atraviesan como con saetas los corazones de sus príncipes, como dice el real profeta David (1). Y siendo el Rey como una fuente pública de todo el reino, estos lisonjeros la inficionan de manera, que no pueda manar della sino ponzoña y corrupcion.

Por eso los atenienses tenían establecida pena de muerte contra los lisonjeros (2), y ellos son abominados de todos los santos y sabios, y tenidos por pestilencia de toda la república. Biantes dijo (3) que entre todos los animales fieros, el tirano era el más pernicioso, y entre los mansos el lisonjero. Demóstenes dice (4) que todas las adversidades públicas comunmente se deben atribuir á los lisonjeros. Pitágoras dice (5) que así como las malas mujeres desean y piden á Dios que dé á sus amigos salud, vida, hacienda y todo lo demas, si no es buen seso, para que no las dejen, así lo hacen los lisonjeros con sus príncipes.

Ciceron llama á la lisonja celo y ama de todos los vicios (6). Quinto Curcio escribe (7) que más veces los reinos han sido destruidos por la lisonja que por las armas de sus enemigos; y así, es cierta la caída de aquel príncipe que tiene abiertos los oídos á la mentira más que á la verdad, y á la lisonja más que al desengaño. Dion dice (8) que es peor el lisonjero que corrompe la verdad que el que falsea la moneda.

San Agustin dice que hay dos linajes de perseguidores, el uno de los que vituperan lo que hacemos, y el otro de los que lo alaban, y que es más cruel y dañosa la lengua del lisonjero que la mano

(1) Psalm. lrv. (2) Franciscus Patricius, *De Regn.*, lib. iv, tit. n. (3) Plut., *De differ. adulat. et amici.* (4) Philipp. n. (5) *Apud Stobzum.* (6) *In Lælio.* (7) Lib. viii. (8) *Orat. in De la instit. del principe.*

del que persigue. Y san Jerónimo dice (9) que está tan extendida y arraigada la lisonja en el mundo, que el que no lisonjea es tenido por envidioso ó por soberbio, y que los filósofos definieron al adulador blando enemigo.

San Gregorio (10) llama al lisonjero langosta que roe y consume los frutos, y abeja que tiene la miel en la boca y hiere con el aguijon, y escorpion y alacran, que picando mata. Y otro sabio dijo que era peor caer en poder de los lisonjeros que de los cuervos, porque los cuervos comen á los muertos, y los lisonjeros á los vivos. Y otro dijo (11) que el lisonjero es peor que el falso testigo, porque éste engaña al juez, y aquél destruye la república.

Séneca dice en una epístola (12) que la lisonja es muy semejante á la amistad, y que no solamente la imita, sino que la pasa y vence, y que es recibida con gratos oídos y penetra hasta lo más íntimo del corazón, y con lo mismo que daña agrada, y que es cosa dificultosa el conocerla, porque es enemigo blando con fingida máscara de amigo. Y en otra epístola dice (13) que las palabras de los lisonjeros no pasan cuando se oyen, sino que asientan y pegan, y quedan por mucho tiempo en el corazón; y la razon da en otro lugar (14), porque aunque se desechen, da contento, y despues de haberse muchas veces resistido, á la fin prevalecen, y sujetan y rinden el ánimo del que las oye; y la causa es, porque son conformes á lo que el amor propio, que es aquel lisonjero interior que tenemos todos, falsamente nos persuade y predica de nosotros mismos. Siendo, pues, este mal tan natural en los hombres, y tan comun en los príncipes, y tan perjudicial para toda la república, y tan dificultoso de conocer y vencer, bien será que demos algunas señales para distinguir el lisonjero del verdadero amigo, lo cual harémos en el capítulo siguiente, con el favor del Señor.

CAPÍTULO XXX.

Cómo se conocerá el falso amigo del verdadero.

Plutarco, filósofo gravísimo, escribió un tratado (15) para declarar en qué manera podemos conocer al verdadero amigo, y encarece mucho el daño que los lisonjeros de los príncipes hacen á la república, y dice que no habiendo cosa más dificultosa ni más provechosa que el conocerse el hombre á sí mismo (y que por esto tenían los antiguos por oráculo venido del cielo aquellas palabras: *Nosce te ipsum*, que quiere decir, conócete á tí mismo), los lisonjeros escurecen la lumbrera que Dios infundió en nuestras almas, sin la cual no nos podemos ver ni conocer. También dice que es cosa muy dificultosa el conocer el falso amigo, que es el lisonjero, y distinguirle del verdadero amigo y fiel; porque, aunque los intentos del uno y del otro son muy diferentes y contrarios, pero la manera de procurar-

(9) Hier., *epist. ad Demet.*, et lib. i, *contra Pelag.* (10) Greg., lib. xxxi, cap. xx, *Moralium.* (11) Dion., *orat. in De la instit. del principe.* (12) *Epist. xlvi.* (13) *Ibid. cxxiv.* (14) *In Praefat.* lib. iv, *natur. qq.* (15) *De diff. adul. et amici.*

TRATADO DEL PRÍNCIPE CRISTIANO.

los y de mostrar amor al príncipe es muy semejante, y alguna vez en el lisonjero más aparente y eficaz.

La verdadera y sustancial diferencia de ambos está en esto, que el verdadero amigo ama con amor de amistad, y quiere bien á su amigo por lo que él merece, sin tener respeto á sí; el lisonjero no ama sino por su interese y por el bien que espera. El uno es amor honesto y de virtud, el otro útil y deleitable; y así, el uno persevera como verdadero amigo en la prosperidad y en la adversidad hasta la fin, y el otro, como dice Aristóteles (1), en faltando su interese, que es su fin, luego vuelve las espaldas y no conoce al que ántes adoraba; imitando á la golondrina, que está con nosotros y nos quiebra las cabezas con su canto mientras que dura el buen tiempo, y en viniendo el áspero y frio, luego desaparece y se va.

El verdadero amigo, cuando se trata de cualquier negocio que toca al príncipe, la primera cosa en que pone los ojos es en el bien ó en el mal que de aquel negocio puede resultar al príncipe y á la república; al lisonjero luego se le representa qué provecho ó qué daño le puede á él venir. El verdadero amigo desea y procura que el príncipe trate con los buenos, sabios y prudentes; el lisonjero no querría que ninguno destos tuviese entrada con él, y procura estorbársela, y desacreditar y poner en mala figura en los ojos del príncipe á los que lo son, para que ninguno le desprive ni pueda aconsejarle cosa que sea contraria á sus intentos. Como un mal pintor, de quien se dice que habiendo pintado muy mal unos gallos, hacia que un mochacho ojease los gallos verdaderos para que no llegasen adó estaban los pintados, y con esto no se echase de ver su poca arte é industria.

El verdadero amigo huelga que el príncipe haga mercedes á los que las merecen por sus servicios, y que sea amado de todo su pueblo, porque esto conviene á su reputacion y á la conservacion de su estado; el lisonjero todo lo quiere para sí, y tiene por perdido lo que se da á los otros, sin tener cuenta que su señor haga ó deje de hacer lo que debe, que sea amado ó que sea aborrecido.

El verdadero amigo procura servir y dar contento á su amo en cuanto le es posible; pero de manera, que cuando ve que conviene á su mismo servicio decirle algunas verdades, lo hace con modesta libertad; porque quiere más el provecho de su señor que darle gusto, y es como el buen médico, que desea dar gusto al enfermo, pero más su salud. El lisonjero es como el cocinero, que en el guisar la vianda no tiene cuenta con la salud, sino con el gusto del que la come; y por esto, á ninguna cosa atiende sino á decirle todo lo que entiende que le será sabroso, y apartar todo lo que de mil leguas le pueda desagradar, para mejor engañarle y persuadirle lo que pretende.

Y por esto dice el Espíritu Santo (2): «El hom-

bre que con palabras blandas y fingidas habla á su amigo, tiende la red para que caiga á sus piés.» Y san Bernardo dice (3): «La verdadera amistad alguna vez reprende, pero nunca lisonjea.» Y á un Foción, ateniense, respondió Antipatro, porque le pedia que hiciese cierta cosa injusta: «No puedes tenerme por amigo y por lisonjero.»

Está el lisonjero tan puesto en esto, que no solamente con las palabras, sino tambien con las obras, algunos procuran lisonjear á los príncipes (que es otro género de lisonja más poderosa); y así, dice Plutarco que porque el rey Mitridates se dió un poco á estudiar medicina, algunos criados suyos enfermos, por lisonjearle, se ponian en sus manos, para que como médico los curase y cauterizase, y entendiéndose con este hecho la estima que tenían de su arte en la medicina. Y aún escribe que él conoció á un lisonjero, que porque el príncipe repudió á su mujer, él tambien repudió la suya, aunque secretamente trataba con ella; porque no pretendia sino transformarse fingidamente en el príncipe y hacer todo lo que él pensaba que le podia dar contento.

Y otro lisonjero, viendo que á Filipo, rey de Macedonia, su señor, habian sacado un ojo en la guerra, comenzó á ponerse un parche en el ojo, para que el Rey creyese que él tambien tenía mal en aquel ojo. Mató el rey Alejandro por sus propias manos á su gran privado Clito, y cuando volvió en sí fué tanto el enojo que cobró consigo mismo, que de puro sentimiento se quiso matar. Un lisonjero, llamado Anaxarcho, le dijo que los antiguos sabios habian hecho á la justicia asesora de Júpiter, para dar á entender que todo lo que Júpiter ordenaba era justo; y con esta lisonja loca quiso persuadir á Alejandro que era otro Júpiter (4) y que todo lo que hacia era justo, aunque fuese la muerte arrebatada é injusta de su amigo. El verdadero amigo es siempre el mismo, porque mira siempre la verdad y la razon, y lo que está bien á su amigo; el lisonjero múdase con la mudanza del príncipe, porque va al sabor de su paladar.

Por esto dice Plutarco (5) que cuando el príncipe quiere conocer si uno es verdadero y fiel amigo, ó falso y lisonjero, debe alguna vez mostrar que le agrada lo que ántes le desagradaba, y que le desagradaba lo que ántes le agradaba, y que luego el lisonjero le dirá que tiene razon, y que ántes se maravillaba cómo tenía aquel parecer; y esto hará en cualquiera cosa, por mala y fea que sea; lo cual no hará el verdadero amigo, porque sabrá hacer diferencia de lo malo y lo bueno, de lo que le conviene al príncipe y de lo que le es dañoso. Y demas desto, aconseja Plutarco que el príncipe esté atento á lo que le dice su conciencia, y que cuando ella le reprende de lo que el lisonjero le alaba, entienda que aquélla es lisonja, y no verdad.

Finalmente, siempre el verdadero amigo se alle-

(3) *Epist. cxxli.* (4) Arian., en la *Hist. de Alejandro*, lib. iv. (5) *Plut., in Alexandro.*

(1) Lib. viii, *Eth.*, cap. iii et iv. (2) *Prov.*, xxix. P. R.